tierra ménos el rey, que da algunos pasos á caballo en la iglesia y despues se para; es recibido por el abad que se adelanta á encontrarlo, y lo conduce al dosel real colocado enfrente del oriflama que se agitó al pasar el rey por delante de él. Las aclamaciones del clero, de la nobleza y del pueblo, los toques de la trompeta de los heraldos de armas se mezclan á la gran voz de las campanas y todo un pueblo reunido saluda con orgullo el estandarte símbolo de su honor. Pronto se restablece el silencio; el abad pone el oriflama en las manos del rey; el príncipe llega á él sus labios y lo entrega al conde de Vexin, frances que tiene derecho de llevarlo. En fin, da principio una gran misa solemne!.....

Os lo pregunto, esta antigua ceremonia cuyas principales circunstancias he procurado reproducir en unos cuantos rasgos, ¿no estaba bien dispuesta para dar á los soldados de la Francia un santo entusiasmo que debia sostenerlos en medio de los combates?

No es solo por las riquezas que contenia ni por el apreciable privilegio de guardar el oriflama, el cetro y la corona de los reyes de Francia, por lo que la abadía de San Dionisio ha gozado de tanta celebridad; el derecho que se le otorgó, desde los primeros tiempos de la monarquía francesa, de servir de sepultura á los reyes, á las reinas, á los príncipes y princesas de la sangre real, á los hombres ilustres por su valor ó su habilidad, era bastante por sí solo para alcanzar la fama. Aunque un hijo de Chilperico haya sido enterrado, hácia el año 580, en la basílica de San Dionisio, segun se dice, Dagoberto, que murió en 638, fué el primer rey de Francia que tuvo su sepulcro en la real abadìa. Despues de él, Pepino, Càrlos Martel, Clovis II, Cárlos el Calvo y algunos otros reyes de las dos primeras razas, fueron enterrados allí. Desde Hugo Capeto hasta los últimos Borbones, todos los reyes de Francia y muchos príncipes y princesas de su familia, han reposado en aquel lugar.

Suger, al reconstruir la antigua basílica, hizo reunir detras del coro los sepulcros reales que estaban esparcidos en la iglesia; pero las galerías fúnebres que ecsistian de los dos lados del coro, fueron construidas en tiempo de San Luis y en el de su hijo Felipe el Atrevido. Las tumbas estaban dispuestas, por lo general, segun las razas y las descendencias; pero el órden no se siguió rigorosamente sino en los últimos siglos de la monarquía.

En la antigua cripta de la basílica romana construida en el reinado de Dagoberto, fué donde se estableció el primer órden de sepulcros que sirvió de sepultura á los Borbones: Ana de Bretaña, muger de Luis XII, fué la primera depositada allì. En 1683 con ocasion de los funerales de Marìa Teresa de Austria, y hallando que era demasiado chica la antigua bóveda, se abrió, bajo el crucero de la iglesia, otra mucho mas espaciosa, de

nueve toesas de largo y dos y media de ancho, comunicando con la antigua por medio de un pequeño corredor. El cuerpo de Luis XIII permaneció solo en la antigua cripta del tiempo de Dagoberto; los otros en número de treinta y uno, fueron enterrados en la nueva, quedando colocados sobre barras de fierro, á tres piés de tierra.

La descripcion de las tumbas reales que estaban en la abadía de S. Dionisio ántes de la revolucion de 1789, y cuyo aspecto nos hará conocer la inteligente restauracion que se ejecuta en este momento, no puede encontrar aquí un lugar digno de materia tan vasta. Me conformaré, pues, con añadir á las noticias sumarias que preceden, el análisis y estractos de la triste ecshumacion que se hizo en el mes de Octubre del año 1793. Habiendo sido suprimidas en el anterior las comunidades religiosas en toda la Francia, la abadía real de San Dionisio desapareció como las demas, quedando borrado hasta su nombre: el de *Franciada* reemplazó al del santo mártir que habia protegido á la monarquía durante una larga sucesion de siglos.

Los edificios del antiguo monasterio y la real iglesia que encerraba tantos objetos de arte, fueron respetados felizmente. Ellos atrajeron gran número de curiosos al momento en que los miembros de la municipalidad de la nueva villa de *Franciada* juzgaron apropósito violar la sepultura de las razas reales que habian gobernado á la Francia y de muchos grandes hombres que la habian ilustrado, para tomar de aquellas el plomo que se necesitaba à efecto de fundirlo en balas.

Hé aquí, en resúmen, el curioso proceso verbal que se levantó, con ese motivo.

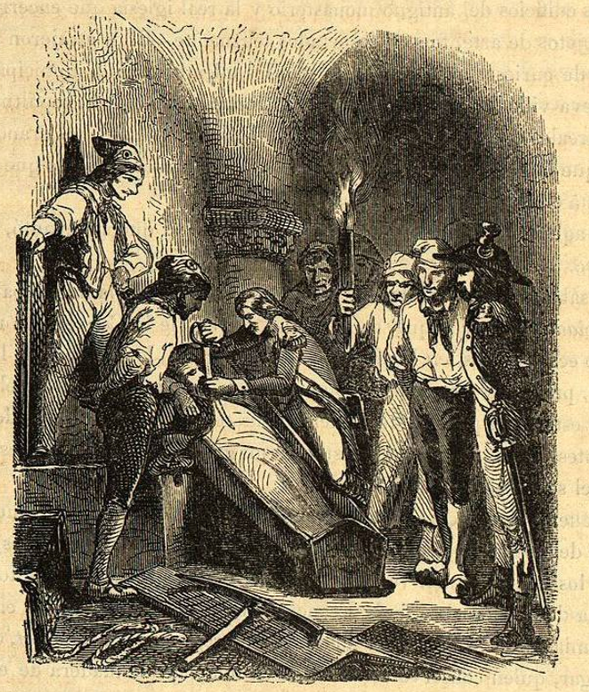
El sábado 12 de Octubre de 1793, los miembros de la municipalidad de *Franciada* ordenaron que, conforme al decreto de la Convencion nacional, fueran ecshumados, en la abadía de San Dionisio, los cuerpos de los reyes, reinas, príncipes, princesas y hombres célebres enterrados en aquel lugar, á fin de estraer el plomo que contenian sus sepulcros. Los trabajadores, impacientes por contemplar los restos de un grande hombre, se apresuraron á abrir el sepulcro de Turena.

El cuerpo fué encontrado en un estado de conservacion tal, que las facciones del rostro no estaban alteradas; así es que los espectadores, al admirar los restos, creían ver á la alma del gran capitan moverse todavía en defensa de los derechos de la Francia. El cuerpo, que estaba en estado de momia seca y de color de hollin, fué entregado á un tal *Host*, cuidador del lugar, quien conservó esta momia en una caja de madera de encino, y la espuso á la vista de los curiosos en la sacristía chica de la iglesia. Los restos de Turena fueron trasladados en seguida, al Jardin de las Plantas, despues al Museo de los Monumentos, y en fin, al templo de Marte, [*la*

iglesia de los Inválidos] el primero de vendimiario, año IX, conforme al decreto de los cónsules.

Se abrió despues la bóveda de los Borbones, del lado de las capillas subterràneas, y se dió principio por ecshumar el cadáver de Enrique IV.

El cuerpo de este rey se halló en tan buen estado de conservacion, que no se habian alterado las facciones de su rostro. Fué depositado en el tránsito de las capillas bajas, envuelto en su sudario, que tambien se conservaba perfectamente. Estuvo à la vista hasta el lúnes 14 por la mañana, que fué llevado al coro y puesto bajo el santuario, donde permaneció hasta la tarde, que fué trasladado de allí al cementerio llamado de los *Valois*, donde fué depositado en una gran fosa abierta á la derecha al lado del Norte. Este cadáver, considerado como momia seca, tenia el cráneo aserrado, y contenia, en lugar del cerebro que habia sido estraido, una estopa empapada en cierto licor aromático que aún despedia un olor de tal manera fuerte, que era imposible soportarlo.



Un soldado presente á la apertura del sepulcro, sacó su sable, y despues de admirar los restos del vencedor de la Liga, cortó un trozo de la barba todavia fresca de Enrique, diciendo:

—De hoy en adelante no tendré otro bigote.

El 14 de Octubre continuó la ecshumacion de los otros cadáveres de los Borbones, á saber: de Luis XIII, de Luis XIV, de María de Médicis, de Ana de Austria, de María Teresa, esposa de Luis XIV, de Luis, el Delfin, hijo de Luis XIV.

Algunos de estos cuerpos estaban bien conservados, sobre todo el de Luis XIII; pero la piel de Luis XIV estaba negra como la tinta.

Prosiguió el 15 de Octubre de 1793 la estraccion de cadáveres de los Borbones, pero nada notable ofreció la operacion; solamente se sacaron de la bóveda los corazones del Delfin Luis, hijo de Luis XV y el de María Josefa de Saboya su muger. El plomo, en figura de corazon, fué puesto aparte, y lo que contenia, llevado al cementerio con todos los cadáveres de los Borbones. Los corazones de plomo cubiertos de plata sobredorada, fueron depositados en la municipalidad, y lo mismo las coronas. El plomo fué entregado à los comisionados del gobierno.

El 16 de Octubre se abrió, en la capilla nombrada de *los Cárlos*, el sepulcro de Cárlos V y el de su esposa Juana de Borbon. Del de Càrlos V se estrajo una corona de plata sobredorada en muy buen estado de conservacion, una mano de justicia hecha de plata y un cetro de la misma materia sobredorado, con tamaño de cerca de cinco piés, que remataba con un ramo de hojas, de cuyo centro salia un racimo, formando el todo una especie de tirso. Esta pieza conservaba mucho brillo.

En el sepulcro de Juana de Borbon se encontró un resto de corona, un anillo de oro, pedazos de brazaletes ó eslabones, una vara de madera dorada medio podrida, zapatos de forma puntiaguda semejantes á los conocidos con el nombre de: *á la ponlaine:* estaban destruidos en parte, pero aun se les veìan los bordados de oro y plata con que habian sido adornados. Las tumbas de Cárlos VI y de Isabel de Baviera, que fueron abiertas el 17 de Octubre, no contenian nada precioso, á causa de haber sido abiertas en el mes de Agosto anterior, y completamente despojadas.

El 18 de Octubre fueron descubiertos los restos de Luis X contenidos en una piedra abierta en forma de taza y tapizada interiormente con láminas de plomo. Entre la osamenta disecada se hallaron fragmentos de cetro y de corona de cobre enmohecidos.

El cuerpo de Luis VIII, ecshumado el 19 de Octubre, se encontró casi consumido; sobre la piedra que cubria su sepulcro estaba esculpida una cruz en medio relieve. Solo se halló un cetro de madera podrida y una diadema, que consistia simplemente en una banda de seda y oro, con un gran solideo de seda bien conservado; el cuerpo habia sido envuelto en un lienzo ó sudario tramado de oro, que aun conservaba algunos pedazos in-

tactos y despues metido en un cuero muy doble que aun guardaba toda su elasticidad. Este fué el solo cuerpo, entre los ecshumados, que se halló envuelto en cuero.

Despues de haber desenladrillado lo alto del coro para buscar los sepulcros que estaban bajo de tierra, encontraron los operarios el de *Felipe el Hermoso.* Este sepulcro era de piedra cavada en forma de taza, y contenia, ademas del esqueleto entero, un anillo de oro, un resto de diadema de seda y oro, y un cetro de cobre dorado, de cinco piés de largo: terminaba el cetro en un ramo de hojas, sobre el cual habia un pájaro de cobre vestido de un plumage de colores naturales, y muy semejante al gilguero.

Por la noche, á la luz de las hachas, procedieron los trabajadores à abrir la tumba de piedra del rey Dagoberto, que murió en 638. Despues de haber quebrado la estatua que cerraba la entrada al sarcófago, se halló dentro de este una caja de madera de cerca de dos piés de largo, forrada de plomo interiormente, la cual contenia los huesos de este príncipe y los de Matilde su muger, envueltos en una tela de seda y separados los cuerpos por una plancha intermedia que dividia la caja en dos partes. En un lado de esta caja estaba una placa de plomo con esta inscripcion: *Hic jacet corpus Dagoberto:* en el otro la siguiente: *Hic jacet corpus Nanthildis.*

El domingo 20 de Octubre, despues de haber sacado el plomo que habia en el interior del sepulcro de piedra de *Felipe el Hermoso,* abrieron los operarios la tumba de Luis IX; solo se encontró en ella una taza sin cubierta.

De la capilla nombrada de los *Cárlos* sacaron el atahud de *plomo* de Bertrand Duguesclin, muerto en 1380: su esqueleto se encontró intacto, bien conservada la cabeza y los huesos completamente disecados y muy blancos.

Despues de muchas buscas, se llegó à encontrar la entrada á la bóveda de Francisco I: esta bóveda muy grande y bien construida, contenia seis cuerpos guardados en atahudes de plomo colocados sobre barras de fierro, à saber: el de Francisco I y los de Luisa de Saboya, su madre; de Claudia de Francia, su muger; de Francisco, Delfin, muerto en 1536 à la edad de diez y nueve años; de Cárlos, su hermano, y de Carlota, su hermana, que murió de edad de ocho años. Todos estos cuerpos estaban en putrefaccion; una agua negra, corrompida, corria de medio á medio de los atahudes. Los restos de Francisco I eran los de un hombre de estraordinaria talla y de fuerte estructura; uno de los huesos del muslo tenia veinte pulgadas de los cóndilos á la cabeza del hueso.

El 23 de Octubre se continuaron los trabajos comenzados la víspera para descubrir los sepulcros del santuario. El primero que se encontró fué el de *Felipe de Valois:* contenia este sepulcro una corona y un cetro que

remataba en un pájaro de cobre dorado. Cerca del altar se abrió el atahud de Juana de Borgoña, primera muger de Felipe de Valois, y se encontró el anillo de plata que llevaba esta princesa, su rueca y su huso.

El sepulcro de *Cárlos el Hermoso,* que estaba cerca del de Felipe de Valois, contenia una corona de plata dorada, un cetro de cobre dorado, de siete piés de tamaño, un anillo de plata, un resto de mano de justicia, un baston de ébano y una almohada cubierta con plomo, en que reposaba la cabeza del rey.

Se encontró en el sepulcro de piedra de *Felipe el Largo* su esqueleto cubierto de los vestidos reales, su cabeza ceñida con una corona de plata dorada adornada con pedrería, su manto con un broche de oro en forma de losange, y otro mas chico de plata: igualmente fueron sacados del sarcófago parte de un cinto de seda cerrado con hebilla de plata dorada y un cetro de cobre dorado.

El mismo informe hace mencion de otros muchos príncipes y princesas de sangre real, cuyos sepulcros fueron tambien abiertos. La lectura de este curioso documento histórico entristece; lo que sobre todo causa espanto, es esa violacion de las tumbas, crímen horroroso que todas las naciones condenan y que fué ejecutado legalmente por las mismas autoridades, á pretesto de recoger unas cuantas libras de plomo: cuando se lee esa relacion, no se puede dejar de reflecsionar en la cruel sucesion de los acontecimientos de este mundo, que nada dejan ecsistir y no permiten reposar tranquilamente en su sepulcro ni aun á cien generaciones de reyes que hicieron la gloria de un gran pueblo!

Fàcil es comprender como los notables privilegios de que gozaba la abadía de San Dionisio, concurrieron al aumento contínuo de su poder y de sus riquezas; estas últimas no podian ménos de ser muy considerables; de manera que la descripcion del tesoro de la real abadía, tal como ecsistia á principios del siglo XIII, seria materia de una obra muy grande y curiosa; ya, desde en vida de Suger, contenia este tesoro los objetos mas singulares y los muebles mas preciosos.

Suger habla de siete grandes candeleros de plata regalados á la iglesia por Cárlos el Calvo; de un vaso esquisito en forma de navío, de color de garnota, con florones de oro, perteneciente á la corona imperial de Matilde hija de Enrique I; de un escelente vaso de pórfido, admirable por su escultura y pulimento, cuya forma fué cambiada en la de una águila con la cabeza, las alas y los piés de oro macizo. Habla tambien de otros varios objetos igualmente preciosos por el trabajo que por la materia.

No son unas cuantas reliquias singulares, y apòcrifas sin duda, las que constituían la celebridad de este famoso tesoro, sino que contenia ademas

gran número de artefactos regalados á la abadía por los reyes Merovingianos. Sus ignorantes poseedores ecsageraban ciertamente la antigüedad de los objetos; pero tenian razon de estimarlos en gran precio: contábanse entre estos, el cáliz y las vinageras de berilo guarnecidas de plata dorada y adornados de piedras preciosas, piezas con las que, se aseguraba haber celebrado San Dionisio el santo sacrificio de la misa: se contaba tambien una de las hidras ó cántaros en que Nuestro Señor trasformó la agua en vino en las bodas de Canaan, y un espejo hecho de piedra de azabache, que se decia haber pertenecido al poeta Virgilio.

El tesoro estaba colocado en una gran sala contigua al lado meridional de la iglesia; la elevada bóveda era sostenida por una columna de mármol que formaba el centro. Ardia allí continuamente una lámpara por respeto á las santas reliquias colocadas dentro del tesoro. Los diversos objetos de que constaba, estaban puestos en cinco grandes armarios, de que Felibien ha hecho gravar una representacion esacta, en su historia de la abadía.

La biblioteca de esta, rica en manuscritos de todo género, pero principalmente en crónicas latinas ó francesas relativas á nuestra historia, no era la parte ménos preciosa de este tesoro. Doublet describe con un cuidado minucioso hasta seis volúmenes que contienen las santas escrituras, con una encuadernacion del gusto siguiente: «Un hermoso libro en pergamino, cubierto de oro, y sobre el dicho oro un crucifijo de marfil, y á sus lados las imágenes de Nuestra Señora y San Juan, de marfil, mas esquisitas que el oro, por estar delicadamente talladas. Tambien se halla enriquecido este libro con granates, zafiros, ametistas, esmeraldas y cantidad de perlas."

Por lo que hace á las crónicas latinas, relativas á nuestra historia, conservadas en la adadía de San Dionisio, gozan desde fines del siglo XII de gran celebridad. La prueba de ello es que nuestros trovadores, en sus poemas heróicos escritos en lengua vulgar, algunos de los cuales remontan á esa época, no dejan de invocar el testimonio de las antiguas narraciones conservadas en la real abadía, pretendiendo haberlas consultado.

El mismo Felipe Mourkes, que en el siglo XIII compuso una historia de Francia en versos franceses, mas séria que los cantos de nuestros trovadores, dice al comenzar su narracion:

«En la abadía de San Dionisio de Francia, está escrita en latin la historia que yo pongo en romance."

No es esto todo: cuando en las ceremonias públicas se presentaba alguna duda en cuanto al modo en que debian seguirse ciertos usos, inmediatamente se consultaban las antiguas crónicas de San Dionisio, que servian

de autoridad. Por esto es que, queriendo el rey Cárlos IV disponer una entrada magnífica en Paris à la reina Isabel, se dirigió á la segunda muger de Felipe de Valois, como la mas antigua dama del reino y la mejor instruida en el ceremonial. La reina Blanca, antes de responder, consultó las crónicas de San Dionisio. Estas crónicas, puestas en frances desde fines del siglo XIII, y compuestas por los hombres mas eminentes del reino, gozaban con razon de grande autoridad. Es cierto, por ejemplo, que en lo tocante al reinado de Cárlos V, fueron redactadas por Pedro de Orgemont, canciller del reino, con los consejos y acaso participacion del monarca. Mas adelante un monge de San Dionisio, cuyo nombre se ignora, escribió en latin una crónica donde se refieren con la mayor estension los sucesos tan curiosos como tristes, del reinado de Cárlos VI. Ya le habia precedido en el mismo trabajo Guillermo de Nangis, cronista célebre, cuya lectura es divertida, porque refiere todos los pormenores de las cosas, sea cual fuere su naturaleza; así es que nos ha conservado anécdotas, muy picantes algunas, sobre el reinado de Felipe el Hermoso, de sus hijos y de los reyes que los han seguido. Este Guillermo de Nangis tuvo dos continuadores, uno de los cuales fué tambien monge en la abadía de San Dionisio, y el segundo, Juan de Venette, escribia su historia en Paris en el convento de la plaza de Maubert; pero indudablemente fué muchas veces à San Dionisio á estudiar la obra de sus antepasados. Juan de Venette, amigo del pueblo y verídico historiador de sus miserias, ha sido acreedor á que su libro, conservado en la real abadía, pase á la posteridad.

No debe sorprender que, con este apreciable privilegio de conservar á la Francia la memoria de sus grandes acciones, hayan tenido los monges de San Dionisio, muchas veces en el mismo siglo, hombres sabios y notables; el depósito de la historia oficial confiado à su guarda, junto con la conservacion del oriflama y el cuidado de los despojos mortales de tantos reyes, no podia ménos de mantener en su espíritu sentimientos nobles y grandes.

Entre los mas esquisitos privilegios que los monges de San Dionisio obtuvieron de los reyes de Francia, se debe contar la célebre feria de Laudit, que vino á ser una fuente de prosperidad y de riqueza para todas las cercanìas. Los monges de la abadía, que han tratado de las antigüedades de su convento, se han esforzado en hacer constar que esta feria ecsistia en los tiempos de Dagoberto, habiendo sido este prìncipe su fundador; pero las indagaciones de muchos críticos han probado, de manera irrevocable, que nada habia de comun entre esta asamblea célebre y el mercado, para que los reyes de la segunda raza, autorizaran à los habitantes de San Dionisio.

En los primeros años del siglo XII fué cuando la traslacion de las san-